

50

Fundado en 1976
Año LI
Número 17.973

EL PAÍS

EL PERIÓDICO GLOBAL

Edición Nacional
3,50 euros

Domingo

18 de octubre de 2026

El viajero



Barcelona poderosa: especial sobre la capital catalana



Un manifestante ante un automóvil en llamas durante las protestas, ayer en París. CARL COURT (GETTY)

La rabia juvenil y los 'chalecos amarillos' incendian Francia

● Las protestas provocan escenas de caos y fuertes enfrentamientos con la policía y muestran la debilidad del macronismo ● “No hay lugar para la violencia en nuestra República”, dice Macron

DANIEL VERDÚ
París

La rabia acumulada durante años desbordó ayer las calles de Francia en una jornada caótica de protestas por todo el país, con quemaduras de edificios, comercios y mobiliario urbano, asaltos a co-

misarías, ayuntamientos y galerías comerciales, y durísimos enfrentamientos con la policía. Las manifestaciones unieron a los jó-

venes, que no ven futuro ninguno en un país donde no dejan de perder poder adquisitivo, y a los *chalecos amarillos* que dieron batalla

en 2018 por el precio de los combustibles, en un día en el que arrieron los restos del macronismo. “No hay lugar para la violencia en nuestra República”, dijo el presidente Emmanuel Macron, que anunció que los violentos “serán perseguidos y castigados”. —P2 A 4

Jérôme Fourquet, politólogo y ensayista:
“Estamos ante el final de un reinado”



Sánchez y Gómez se besan. A. C.

ELECCIONES 29-N

Sánchez mete a Begoña Gómez en campaña

“Han intentado quebrarnos y estamos más fuertes. Te quiero”, afirma el presidente en un mitin —P26

La izquierda rota

Razones y consecuencias del fracaso del pacto con Podemos —P20 Y 21

Aitor Esteban
Presidente del PNV

“Demostramos con hechos que no queremos a Vox” —P30

Ucrania, en punto muerto: desdeñada por EE UU y cercada por Rusia

LUIS DE VEGA

Kramatorsk, enviado especial

La línea del frente en Ucrania no sufre apenas cambios y la guerra está atrapada en una compleja maraña camino del quinto aniversario de la invasión rusa del país. Kiev, además, cierra una semana en la que se ha llevado serios reveses. Por un lado, los ataques sobre una veintena de sus regiones y, por otro, en la arena internacional, el revolcón que supone el indisimulado alineamiento de Washington con Moscú. —P6 Y 7

Elecciones en Brasil

Votaron por Lula, se desencantaron y ahora apuestan por Bolsonaro —P12 Y 13

Inteligencia artificial

El reto de evaluar a los universitarios: ¿vetar la IA o usarla de aliada? —P42 Y 43

El País Semanal

La segunda vida de Álex Corretja o el tenis después del tenis





El regreso de los ‘chalecos amarillos’ y la rabia estudiantil incendian Francia

Las manifestaciones desembocan en caos y fuertes choques entre la policía y jóvenes que protestan desde hace semanas por el deterioro del sistema educativo

DANIEL VERDÚ
París

La rabia volvió ayer a las calles de Francia. Estudiantes, funcionarios, transportistas y el espectro de los *chalecos amarillos* acudieron masivamente a la cita en unos 500 puntos del país. La movilización social, convocada originalmente contra el encarecimiento del coste de la vida y la pérdida de poder adquisitivo, a la que después se sumaron los estudiantes, terminó incendiando las calles de las grandes ciudades de Francia. El presidente de la República, Emmanuel Macron, había llamado a la calma el viernes por la noche. No sirvió de nada, como la mayoría de su acción de gobierno en el último año.

La policía cargó violentamente contra los manifestantes con pelotas de goma, gases lacrimó-

genos y cañones de agua en las principales ciudades del país, cuyas calles empezaron a arder pasadas las dos de la tarde. Y, a partir de ahí, se desató el caos.

Macron advirtió en un mensaje publicado anoche en redes sociales: “No hay lugar para la violencia en nuestra República. Quienes han causado destrozos, atacado tanto las prefecturas como los comercios, y saqueado incluso nuestros ayuntamientos, serán perseguidos y castigados”.

Los líderes de las protestas habían convocado alrededor de 500 acciones y más de 90 manifestaciones. Unas 800.000 personas, según los organizadores, acudieron a la llamada. Urbes como Lyon (la tercera más poblada del país) amanecieron con algunas calles cortadas por barricadas formadas por bicicletas de alquiler, contenedores y neumáticos.

En París, la policía ya había detenido a media mañana a más de un centenar de personas y en ciudades como Marsella (la segunda en población) comenzaron temprano las cargas policiales contra los primeros manifestantes, que incendiaron contenedores y papeles. Un olor a plástico quemado, pólvora y gas lacrimógeno invadió de repente el aire de París. Y ya no desapareció.

Las llamas prendieron en todo el país y quemaron comercios, mobiliario urbano y vehículos aparcados. Pero también ardieron los últimos restos del macronismo, un decenio político que ha terminado desatando la cólera de los ciudadanos, que sienten que viven hoy peor que hace diez años. A seis largos meses de las elecciones presidenciales, con un Gobierno hecho jirones que deberá aprobar un presupuesto con

recortes de 54.000 millones, una deuda disparada (119% del PIB) y la ultraderecha a las puertas del palacio del Eliseo por primera vez desde la II Guerra Mundial, crece la sensación en la calle de que no hay interlocutor en el poder. Hay gritos, pero nadie escucha.

Al mediodía, un grupo de agitadores entró y vandalizó una comisaría y ocupó luego la en-

La violencia desborda todas las previsiones, también la policial

Macron advierte que los responsables serán “perseguidos y castigados”

trada del Ayuntamiento de Marsella, forzando la puerta. El alcalde se vio obligado a pedir refuerzos personalmente a Macron. Lo mismo ocurrió en otras ciudades como Lille, Rennes o Limoges, donde ardió el Ayuntamiento, o en Lyon, donde las llamas consumieron la oficina de turismo. “Es un drama”, lamentó su alcalde, Grégory Doucet.

Un grupo de personas saqueó la residencia del delegado del Gobierno en Burdeos. A media tarde comenzaron también los pillajes e incendios intencionados en centenares de comercios de París, donde un grupo de agitadores estuvo a punto de entrar en las galerías Lafayette. La sensación a esa hora era ya de una pérdida total de control por parte de las fuerzas del orden.

La protesta, y esa también es la novedad respecto a los últimos días de conflicto, confirma un cierto regreso de los *chalecos amarillos* a Francia, cuya indumentaria apareció discretamente en las primeras aglomeraciones en la plaza de la República de París, donde empezó a las 14.30 la gran manifestación. La marcha, pacífica y ordenada, fue lo más tranquilo.

Mientras decenas de miles de personas marchaban, en las calles adyacentes los antidistur-



De izquierda a derecha, varios manifestantes se protegían ayer tras una pancarta, en la plaza de la República de París; un activista envuelto en la bandera francesa contemplaba cómo ardía una oficina de turismo en Lyon; un joven, atendido por una herida en la capital francesa. REUTERS / AP/LAPRESSE / GETTY

bios y agitadores vestidos de negro con gafas de esquí y mascarillas se enzarzaban en una batalla campal con proyectiles de todo tipo. Ardieron coches, motos, bicicletas y contenedores. Y las barricadas que formaron los manifestantes en la calle solo se abrieron cuando pasaban los bomberos y las ambulancias, siempre aplaudidos por los estudiantes. “Ellos no son como la policía. Están con nosotros. Su lucha también es nuestra”, explicaba August, estudiante de 17 años.

Algunas fases de la protesta, que dejó más de 400 detenidos pasadas las ocho de la tarde, estaban perfectamente organizadas. Muchos manifestantes prepararon desde hace semanas la denominada operación *escargot* [caracol]. Llenaron huevos y botes con pintura y excrementos para cegar los cascos de la policía, a la que distrajeron en muchos momentos. Tantos, que lograron el objetivo original y vetado por el Ministerio del Interior de llegar a la plaza de la Concordia, lugar donde hace 230 años se colocó la guillotina que decapitó a Luis XVI en enero de 1793 y, nueve meses después, a María Antonieta.

“Hemos vuelto. Han pasado ocho años, pero todo sigue siendo una mierda. La gasolina es más cara, somos más pobres. Se rien

de nosotros, Macron se ha reído de nosotros”, protesta Philippe Doué, de 54 años, parado. El hombre, que ya participó en las primeras protestas de los *chalecos amarillos*, ha venido a París desde Nanterre con un grupo de amigos. “Los sábados salimos en bici o nos juntamos en el bar. Hoy toca luchar por nuestros derechos y por los de los jóvenes”, insiste al pie de la estatua de la Marianne, símbolo de la Revolución Francesa, que terminó con un enorme chaleco amarillo donde podía leerse: “2026, la policía mutila a estudiantes”.

Una hora más tarde, comenzaron también las cargas policiales en la propia plaza, cuyos manifestantes fueron dispersados con gases lacrimógenos y con un camión con cañones de agua. La plaza de la República terminó envuelta en una columna de humo, como tantas confluencias de la ciudad, y con algunos heridos en el suelo. El fuego ya no volvió a apagarse.

A pocos metros, algunos diputados de La Francia Insumisa, el único partido que pudo participar en las protestas y aprovecharlas políticamente, se paseaban entre los manifestantes. Encabezaba la comitiva su líder, Jean-Luc Mélenchon, sonriente, con aire indisimulado de satisfacción. Le acompañaba Mathilde Panot, je-

fa del grupo en la Asamblea Nacional, advertía a EL PAÍS que “todo terminará como quiera el Gobierno”. “De momento no han respondido más que con la fuerza policial, con gases lacrimógenos, bombas que arrancan las manos a estudiantes o les dejan tuertos... ¿Lo ve? Ahí lo tiene”, dice mientras vapea un cigarrillo electrónico tranquilamente y la policía empieza a cargar hacia donde se encuentra ella (y el periodista).

Granadas aturdidoras

El ministro del Interior, Laurent Nuñez, autorizó que la policía pudiese recurrir a granadas aturdidoras y otros medios antidisturbios en caso de enfrentamientos graves. El anuncio llegó después de que, el miércoles de la semana pasada, el ministro ordenara suspender temporalmente el uso de un tipo de armas tras un incidente ocurrido en Lens (norte), donde un manifestante de 15 años sufrió la amputación de una mano durante las protestas relacionadas con el bloqueo de institutos. Nuñez, que acusó ayer a La Francia Insumisa de alentar la violencia, precisó entonces que la suspensión se limitaba al movimiento estudiantil y que se mantendría mientras se investigaban las circunstancias de lo ocurrido. Pe-

ro los artefactos volvieron. Y, de nuevo, causaron la amputación de una extremidad a un manifestante en Saint-Étienne.

La protesta de ayer empezó hace un mes con un clip en TikTok, un malestar generalizado por el encarecimiento de los combustibles y una fecha: 17 de octubre. La convocatoria nació en redes sociales y se convirtió en el nuevo objeto político-mediático de septiembre. La petición, que incluía una especie de póster diseñado con inteligencia artificial, reclamaba una movilización nacional de chalecos amarillos con ocupación de rotondas y plazas en todo el país mientras sonaba de fondo una canción con el estribillo: “Macron, dimisión”. La misma letra que corearon ayer todos los manifestantes. “Macron, estás jodido, la calle no está contigo”, cantaban algunos.

Nadie tomó demasiado en serio, al principio, la convocatoria de los *chalecos amarillos* en redes. Pero las protestas de los estudiantes han incendiado el país en los últimos días y el malestar generalizado ha encontrado una vía de canalización ayer a través de la protesta. La violencia, sin embargo, ha desbordado todas las previsiones. También la policial.

El movimiento de los chalecos amarillos surgió en Francia

en 2018 como una convocatoria en redes contra el alza de los precios de los combustibles impulsada por el Gobierno de Macron, y se definió a sí mismo como ciudadano, transversal, sin portavoces ni líderes oficiales y sin adscripción a ningún partido. El 17 de noviembre de 2018, su jornada fundacional, reunió a 282.000 personas que se manifestaron en todo el país. Ahora, ocho años después, como si fuera una profecía, su regreso se produce también un día 17, un mes antes en el calendario, justo al final del mandato del presidente a quien recibieron entonces a pedradas.

La convocatoria también ha reunido ahora a organizaciones juveniles, colectivos ecologistas, agricultores y sindicatos. La confluencia de luchas y de organizaciones implicadas refleja la amplitud de las reivindicaciones sociales, que van más allá de una única cuestión y reúnen distintas expresiones de descontento frente a la situación económica y las dificultades cotidianas de numerosos ciudadanos. Todo ocurre cuando el Parlamento debe debatir unas nuevas cuentas públicas que incluyen recortes de hasta 54.000 millones de euros para controlar una deuda disparada cuyo coste supone ya una carga mayor que la partida de Educación Nacional.

Jérôme Fourquet Sociólogo y ensayista

“Estamos ante el final de un reinado en Francia”

El director del instituto IFOP ve un vacío de poder incapaz de dar respuesta al malestar

D. V.
París

Jérôme Fourquet (Le Mans, 53 años) no suele equivocarse. Y si lo hace, lo hace de forma elegante. El gurú demoscópico —es director de Opinión del instituto IFOP—, politólogo y ensayista, ha descifrado mejor que nadie el malestar creciente en la sociedad francesa. El clima de descomposición, las fracturas, las desigualdades que han alimentado los extremos. Ahora, en plena ola de protestas, cree que el país se encamina a un callejón sin salida. Un fin de reinado, como él mismo lo define por videoconferencia, que ni siquiera tiene garantizada una solución tras las próximas elecciones presidenciales.

Pregunta. ¿Qué análisis hace de esta protesta?

Respuesta. Empezó en la *banlieue*, por el deterioro de las instalaciones, el personal... Pero cobró intensidad porque el Gobierno no entendió la amplitud del asunto. Estuvieron ausentes. Hay una dimensión política. Y todo se inscribe en un clima crepuscular, el fin del segundo mandato de [Emmanuel] Macron.

P. Da la sensación de que no hay nadie al volante.

R. Su primer ministro [Sébastien Lecornu] tardó mucho en tomar la palabra. Su ministro de Educación [Édouard Geffray] no tiene una posición muy clara. Y todo eso contribuye a reforzar la sensación de que nadie pilota el avión. La respuesta al principio fue solo policial, también porque no hay dinero para otra cosa. Pero el sistema está ya sin aliento en el plano económico y social.

P. ¿Macron es el responsable?

R. Será el responsable a ojos de los jóvenes. Los estudiantes que están hoy protestando en la calle no han conocido a otro presidente. Hay una expresión que resuena en las redes sociales que dice: “En la Francia de Macron”. Y tiene un aire al Antiguo Régimen, al final de Luis XIV. Un régimen que no terminaba y que invitaba a la rebelión.

P. ¿Por qué prácticamente no ha dicho nada Macron?

R. Porque no tiene gran cosa que decir. En EE UU se habla del

pato cojo cuando un presidente está al final de su mandato y no puede volver a presentarse: estamos justo ahí. Con el agravante de que no dispone de mayoría parlamentaria propia.

P. Pero se juega su herencia.

R. La gente ha pasado página del macronismo, especialmente entre la juventud. Los chicos de 16 años tenían siete años cuando fue elegido. No han conocido otra cosa. Y sus padres están decepcionados y atraviesan dificultades de todo tipo. Se juega su herencia, pero está más preocupado por la escena internacional que por hacer avanzar las cosas en su país.

P. ¿Cuánto pesa la crisis económica y presupuestaria?

R. Mucho. No es posible solucionar este problema con dinero, porque no hay. Tampoco la còlera de los conductores por el precio del carburante. Estamos en un momento avanzado de descomposición. Lo hemos visto este verano con la ola de calor sin climatización en los hospitales... En todo el sector público existen los mismos problemas: ausencia de material, edificios vetustos, falta de personal...

P. ¿No hay margen?

R. Hoy dedicamos más dinero a pagar la deuda que a la partida de Educación Nacional. Estamos atrapados por nuestro presupuesto. Y antes de que hubiera la huelga de los estudiantes ya existía el problema de la gasolina y el Ministerio de Economía no quería aportar las ayudas porque no podía. El debate presupuestario la semana que viene será muy complicado. El presidente y el primer ministro han perdido todo su apoyo. Estamos ante el final de un reinado.

P. El problema de la juventud es más amplio.

R. Tenemos dos fenómenos. El primero, menos marcado en Francia, es la caída demográfica. El envejecimiento tiene efectos sobre las jubilaciones y la educación. 1985 fue una fecha importante para la educación. El ministro Jean-Pierre Chevènement lanzó el eslogan de “80% [de los estudiantes] a la selectividad”. Antes era solo un 30%. Hoy estamos en la cifra que decía el ministro. ¿Se ha bajado el nivel para permitirlo? En todo caso, en 40 años esta política se ha instalado en la cabeza de los jóvenes. Ahora todo el mundo puede elegir su orientación, algo que solo podía hacer una élite del 30%. La mayoría cursa estudios universitarios, y eso no es igualar las oportunidades, sino desplazar



Fourquet, en diciembre de 2022 en París. ERIC FOUGERE (GETTY)

la competición. Se produce más arriba, o antes, en la elección de buenos centros. Hay mucho estrés entre los jóvenes por el tema de la orientación. Y eso tiene que ver con Parcoursup [plataforma pública francesa que gestiona el acceso a la enseñanza superior]: la gran máquina que orienta a los jóvenes en sus carreras.

P. ¿Cómo debe interpretarse la posible convergencia entre los *chalecos amarillos* y los estudiantes?

R. Es un movimiento de juventud que se inscribe en un fenómeno global de dificultad presupuestaria y de crecimiento de Francia. También de la pauperización de la Administración, el precio de la gasolina... Así que el movimiento intenta sumarse a una protesta mucho más global.

P. ¿Cuál es el peso de esta juventud en el voto?

R. Hoy los chicos entre 18 y 24 años representan un 10% de los inscritos en el censo electoral. Y los pensionistas son el 35%. Además, los jóvenes son menos y votan menos. El desafío de [Jean-Luc] Mélenchon [líder de La Francia Insumisa (LFI)] es movilizarlos electoralmente.

P. ¿Hay un vínculo entre el movimiento en España y en otros lu-

“La Francia Insumisa es el único partido que puede entrar en las protestas”

“Es como si el bloque central hubiera desaparecido del paisaje”

gares de Europa con este? Una ruptura del contrato entre generaciones, la política cortoplacista...

R. Tenemos una situación económica que se vuelve más tensa y mecanismos muy desfavorables para la juventud. En 1968 solo el 10% de los franceses accedía a estudios superiores, hoy son casi todos. Pero hoy un 50% de esos estudiantes tiene que trabajar al mismo tiempo. La tasa de pobreza entre los jóvenes es muy superior a la de los mayores, algo inédito hasta ahora. En Francia el modelo social habla de jóvenes que entran más tarde en el mercado laboral y tienen peores condiciones. Y todo esto nos lleva al acceso a la vivienda, que ha explotado en España, pero ocurre también en Francia.

Hoy la edad media de un comprador de un vehículo nuevo en Francia es de 55 años. La publicidad va dirigida a ellos. La edad media de los telespectadores de France 2 o France 3 es de 63 años... Tenemos todo un sistema económico y mediático que habla a esa gente y se ha separado de los jóvenes.

P. ¿Este ambiente beneficia a los extremos?

R. A La Francia Insumisa seguro. Son los únicos que pueden entrar en las protestas, les aplauden, les abrazan... Mélenchon tiene un 40% de intención de voto entre los menores de 35 años. La vieja izquierda que ahora representa Glucksmann no está ahí. Hay una enorme distancia generacional.

P. ¿Y el Reagrupamiento Nacional (RN, de Marine Le Pen)?

R. Ellos recogen el voto por el tema de la violencia. Son el partido de la ley y el orden. Hoy el Gobierno no puede beneficiarse de un reflejo contra esa violencia. Pero es curioso porque en los platós, cuando vemos a estudiantes que protestan y a los que están en contra, unos son de LFI y los otros de RN. Como si el bloque central hubiera desaparecido del paisaje de los jóvenes, y del paisaje político en general.

P. ¿Es el fin del macronismo, de esa idea de centro radical?

R. Sí. Ni [Gabriel] Attal [líder de Renaissance] ni [Édouard] Philippe [líder de Horizons] están en gran forma en los sondeos. Y hay dos fuerzas que suben en los extremos.

P. Da la sensación de que este “clima prerrevolucionario”, como lo define Mélenchon, no se calmará quien gane.

R. Hay un gran malestar general. La gente antes votaba al otro lado del péndulo, a izquierda o derecha, cuando estaba cansada de una opción. Pero ahora es más difícil. Los herederos de Macron se quieren separar de él y hay nuevas alternativas. Y no es evidente que quien sea elegido presidente vaya a tener una mayoría en la Asamblea Nacional.

P. ¿Qué ocurriría en una segunda vuelta entre Mélenchon y Le Pen?

R. No hacemos pronósticos. Pero salvo accidente monumental, Le Pen accederá a la segunda vuelta. El asunto [Jordan] Bardella [presidente del RN y heredero político de Le Pen, acusado de enviar mensajes antisemitas en su juventud] no les ha afectado nada. ¿Quién tendrá enfrente? Toda la campaña presidencial se resumirá en eso. Yo creo que Philippe le ha ganado la partida Attal, pero no sabemos si le bastará para ganar a Mélenchon y estar en la segunda vuelta. Si es Mélenchon, Le Pen le ganará ampliamente.

P. ¿La segunda vuelta puede seguir siendo una barrera a la ultraderecha?

R. Si mira las elecciones municipales, en 71 municipios el RN estaba en cabeza y luego ganó solo en tres. Y no era Francia lo que estaba en juego. Así que me inclino a pensar que, aunque Le Pen esté muy fuerte en la primera vuelta, la segunda será otra cosa.



Al **45 %** de las personas
no le gusta ser el centro de
atención



Pero que nos presten
una buena atención
nos gusta al **100 %**

Por eso en CaixaBank te atendemos cuando y donde quieras
con **más de 25.000 gestores** para ayudarte en tu oficina, en el
teléfono de atención 24 horas y mediante nuestra **nueva app**.

**Porque si a ti te importa,
a nosotros, también.**

 **CaixaBank**
Tú y yo. Nosotros.



Más información, en www.CaixaBank.es
NRI: 10191-2026/16969

Tras sufrir una semana con varios reveses, Kiev trata de retomar las negociaciones. Zelenski asegura que Moscú quiere la “destrucción” y no solo la “rendición”

Ucrania, en punto muerto: asediada por Putin y abandonada por Trump

LUIS DE VEGA

Kramatorsk, enviado especial

Amanece con lluvia en Kramatorsk, bastión ucranio bajo amenaza rusa en el frente oriental. Lo que supone un problema para que los drones vuelen se convierte en una oportunidad para que la infantería del Kremlin trate de ganar terreno. Se trata, en todo caso, de pequeñas escaramuzas. Así lo observa EL PAÍS desde un puesto de mando militar en Kramatorsk a través de imágenes captadas por los drones el jueves pasado. La línea del frente no sufre apenas cambios y la guerra está atrapada en una compleja maraña camino del quinto aniversario de la gran invasión rusa. Kiev, además, cierra una semana en la que se ha llevado serios reveses. Por un lado, en casa, los ataques sobre una veintena de sus regiones y, por otro, en la arena internacional, el revolcón que supone el indisimulado alineamiento de Estados Unidos con Rusia.

Más allá de las ínfulas imperialistas del Kremlin, también las decisiones de los despachos y los mercados internacionales impulsan a Ucrania hacia una espiral cada vez más alejada de una paz justa y duradera. Esa de la que tanto se habla en foros y encuentros diplomáticos. El presidente, Volodímir Zelenski, ha acusado a sus aliados de no hacer lo suficiente, especialmente tras varios ataques esta semana con misiles balísticos sobre su país de los que no fueron alertados, como suele ocurrir. Detrás, subyace el anuncio publicado por varios medios de que Estados Unidos podría dejar de colaborar a nivel de inteligencia con Kiev. A ello se suma el apagón parcial de Starlink, la compañía de Elon Musk cuyos terminales son esenciales para el ejército ucranio, en lo que Zelenski califica de “operación planificada”.

El mandatario no oculta que se siente traicionado por el presidente de EE UU, Donald Trump, en un momento en el que la relación de ambos sufre de nuevo. Los líderes estadounidense y ruso han firmado un acuerdo para liberar cientos de miles de barriles de diésel sin importar los embargos que pesan sobre Moscú. Zelenski, más allá de su indignación, no puede, sin embargo, enfrentarse abiertamente a Washington pese a los constantes desaires de Trump, bien por la cercanía de este a Vladímir Putin o por menospreciarle a él mismo y a Ucrania. Este sábado, en respuestas a los periodistas por WhatsApp, ha explicado que la semana entrante

espera que haya un nuevo encuentro con los negociadores estadounidenses y, así, volver a intentar una tregua energética. Pero tiene claro que Putin quiere la “destrucción”. “La rendición no es suficiente para él”, ha añadido.

El presidente ucranio, en todo

caso, trata de mantener el tipo y, tras el anuncio el fin de semana pasado por el presidente estadounidense de la tregua energética fantasma, porque nunca existió como tal por el rechazo de Moscú, Kiev ha retomado los ataques contra refinerías rusas. Esto ha

enervado más todavía a Trump en una especie de círculo vicioso.

Mientras, los que pagan el pato son mayoritariamente los ciudadanos de a pie. La vida en las grandes ciudades del país sigue trastocada por constantes ataques que las defensas aéreas locales no lo-

gran repeler. Los cortes de los suministros básicos están a la orden del día y nada presagia que pueda ir a mejor. El principal objetivo ahora de Moscú es fulminar la llegada a las casas de agua, luz y gas a las puertas de un nuevo invierno.

Desde un búnker de Kramatorsk repleto de pantallas donde las tropas locales siguen en directo la batalla, se emiten órdenes a los que están sobre el terreno. Sentado en una silla de las empleadas para pasar largas horas frente a videojuegos y vistiendo chándal, Roman, un militar de 42 años subje de batallón, reconoce que su país no lo tiene fácil.

Se enroló poco después de que Moscú se lanzara en 2014 a ocupar parte de Ucrania, paso previo al hachazo de la ofensiva lanzada en



Una mujer camina delante de un edificio bombardeado por tropas rusas, el jueves en Kramatorsk. L. DE V.

LECTURAS INTERNACIONALES / LLUÍS BASSETS

Una puñalada por la espalda

La incertidumbre es el alma de la guerra. Mientras siguen las hostilidades, nada es definitivo, ni la victoria ni la derrota. Ucrania había recuperado la iniciativa antes del verano, hasta el punto de que Trump reconoció en la última cumbre de la OTAN que “Zelenski estaba haciendo un trabajo extraordinario”. La eficiencia de sus drones, su capacidad para golpear lejanas instalaciones energéticas, la resistencia en el frente congelado de Donbás, incluso algunos pequeños avances ucranios, revelaban una mejora de su posición negociadora. Pudo parecer que un Zelenski ganador empezaba a caerle bien a Trump, pero no tardó en cambiar el viento de la guerra con la contraofensiva de Putin, que no es solo militar, sino sobre todo diplomática y econó-

mica, dirigida a obtener la complicidad de la Casa Blanca.

Con el régimen iraní consolidado tras sobrevivir a la guerra y el estrecho de Ormuz todavía cerrado, todo empezó a virar en agosto cuando venció la tregua de 60 días entre Teherán y Washington sin que nunca cesaran los combates. La inflamación del precio del petróleo, a dos meses de las elecciones de mitad de mandato, y el trumpismo en caída libre en los sondeos brindaron la oportunidad a Putin. Primero, hubo un viaje misterioso del director de la CIA, John Ratcliffe, a Moscú. Luego, una larga y discreta reunión del presidente ruso con el yerno presidencial, Jared Kushner, y el socio de los negocios trumpistas, Steve Witkoff. Mucho se dijo sobre lo que tramaron, pero hasta ahora no se

ha conocido la sustancia de la negociación. Gracias a Trump, Putin ha perdido su condición de apestado. Primero le invitó a la cumbre del G-20, de la que se había ausentado durante siete años. Luego conminó a Zelenski a poner fin a los ataques a refinerías rusas, le responsabilizó tanto de la guerra como del incremento de los precios de la energía y exigió su sustitución por un presidente obediente. Ahora ha levantado las sanciones aprobadas por el Congreso, después de firmar un multimillonario contrato de compra de diésel ruso. Siguiendo el ejemplo de Estados Unidos, ya no tiene sentido un embargo al petróleo que comprometía con sanciones secundarias a terceros países.

Resultado directo del viraje trumpista, el Kremlin contará con más liquidez para finan-

febrero de 2022. El clima adverso frena a los drones, explica, pero “ayuda a la infantería rusa a avanzar por tierra”, advierte en un intento de revertir el uso habitual de la expresión *mal tiempo*. Así que, concluye, “este tiempo es en definitiva peor porque los rusos disponen de más gente y medios que nosotros y no podemos hacerles retroceder”. “Avanzan despacio, pero avanzan”, asegura.

Dentro de cuatro meses se cumplirán cinco años de esa gran invasión. Un viaje por diferentes regiones del este y el sur de Ucrania supone un baño de realidad que lleva a comprender el pesimismo y el hartazgo entre la población, aunque cada uno ve el conflicto con su prisma particular. Las gasolineras bombardean

das cada vez son más, al igual que el número de kilómetros de carreteras y calles cubiertas con túneles levantados con redes de pescar para tratar de frenar el impacto de los drones rusos. Hay tramos en Jersón, en el sur, con impactos casi cada 50 metros —algunos acompañados del correspondiente vehículo hecho un amasijo— que demuestran que la utilidad de las redes es limitada y apenas frenan los aparatos más pequeños.

No lejos de allí, en el pueblo de Sahaidachne, Natalia lidera una cuadrilla de media docena de mujeres que se afanan en la recogida de patatas. Esta mujer de 42 años vivió siete meses bajo ocupación rusa en Zmiiivka, a orillas del río Dniéper. Recuerda que allí tenían todo lo necesario para una bue-

na vida, trabajar la tierra y hasta había jóvenes. En noviembre de 2022, tras la expulsión de los invasores por tropas locales, acabó instalada en esta nueva localidad. “No tenemos dinero para volver a movernos”, señala resignada pese a que hace poco un dron aterrizó junto a la casa donde vive ahora con su marido. Cree que Moscú debe restituir todo el territorio ocupado a Kiev.

Un poco más al norte, en Nyva Trudova, un pueblito de la región de Dnipropetrovsk, tres empleados de una compañía agrícola y ganadera comparten cena. El mayor, Oleksi, de 60 años, no oculta su animadversión hacia Zelenski, al que considera un “corrupto”, como los que le rodean. Cree que Ucrania no va a lograr recuperar



ciar sus bombardeos. Como por casualidad, tampoco funcionan los satélites de Elon Musk que advierten de la llegada de los misiles balísticos rusos. El significado es claro y trágico, en el incremento de víctimas civiles y la seguridad de un invierno de hambre y frío para los ucranios. Todo para que los conductores estadounidenses paguen menos por el depósito lleno de sus coches.

Trump siempre ha buscado la paz por separado, a espaldas de los europeos y a costa de Ucrania. Le dijo a Zelenski que ‘no tenía cartas’, y cuando las tiene, se las quita. Quiere verle contra las cuerdas, conforme a su arte de la negociación que exige someter a los débiles y asociarse para los negocios con los ricos y los fuertes. A los primeros les exige resignación, que significa aceptar las condiciones exigidas por Putin. Y de los segundos espera los beneficios personales que piensa extraer de la reincorporación de Rusia al sistema financiero occidental.

Hay poca política y mucho negocio en el paquete negociado por Kushner y Witkoff con el Kremlin. Cuentan con BlackRock, la des-

comunal empresa estadounidense de inversiones, para la reconstrucción de Ucrania y la gestión de los 250.000 millones de dólares en activos rusos embargados en Bélgica. Proponen la reapertura de las conexiones gasísticas entre Rusia y Europa a través de Ucrania. Pretenden que un consorcio árabe-americano, del que participan las familias de los dos enviados trumpistas, compre los activos de la petrolera Lukoil.

Estos movimientos confirman los peores temores. Trump quisiera cerrar el caso antes de la constitución de las dos Cámaras después de las elecciones de mitad de mandato. Puesto que no consiguió poner fin a la guerra en las primeras 24 horas de su segunda presidencia, tal como había prometido, ahora pretende conseguirlo en los pocos días que le quedan antes de convertirse en el *pato cojo*, la figura típica del presidente que ha perdido las mayorías y no puede presentarse de nuevo.

Putin tiene cuesta arriba la batalla electoral en EE UU del 3 de noviembre, pero le quedan otras por librar en Europa, donde sabe cómo desplegar sus habilidades en la

guerra híbrida. La primera y más decisiva, la dará entre abril y mayo, cuando espera que Francia caiga de su lado. Hoy la política es la continuación de la guerra por otros medios, Clausewitz al revés. Con Trump, política y guerra son todo lo mismo, negocios. Y gracias al *show* presidencial, el mayor de todos los negocios.

Para leer más:

Mira Milosevich-Juaristi. *Donald Trump y el diésel ruso: el 'happy hour' energético y el relato de la victoria rusa*. Real Instituto Elcano. 13 de octubre.

Jonathan Lemire y Simon Shuster. *Trump's October Surprise Just ahead of the midterm elections, the president again helps Russia*. *The Atlantic*, 10 de octubre.

Max Boot. *Trump is discovering that dollar diplomacy doesn't work The administration's pursuit of profit and peace blurs the line between public and private interests*. 12 de octubre.

el aproximadamente 20% del país que Rusia mantiene ocupado. Por eso cree que hay que firmar ya la paz y que Moscú se quede con ese territorio porque, añade, de lo contrario, va a seguir ganando más terreno.

Frente al ruido de Washington, los aliados de Kiev, especialmente en la Unión Europea, no han sido capaces de imponer sanciones contra Moscú que impidan que la agresión militar llegue hasta donde ha llegado. Zelenski lleva a cabo frecuentes rondas de conversaciones y constantes visitas al extranjero, como la de esta semana a Londres y Bruselas, pero Kiev sigue sin disponer del armamento y la financiación necesaria para frenar la ofensiva de Moscú.

En el centro de mando subterráneo visitado en Kramatorsk, Roman aspira un cigarrillo electrónico, mientras muestra imágenes captadas esa misma mañana por la cámara de uno de esos aparatos no tripulados que deja caer su bomba sobre un soldado invasor que trata de avanzar posiciones en la zona. Minutos después, otro dron, este de los considerados de vigilancia, certifica la muerte. Pero es solo uno.

Revolución armamentística

Estos aparatos no tripulados se han convertido en los principales protagonistas de la revolución armamentística que representa esta contienda por parte de ambos bandos. Los hay pequeños, que apenas vuelan unos kilómetros con un kilo de explosivo, y los hay de un alcance y una velocidad difíciles de combatir. Los nuevos drones, cada vez más sofisticados junto a misiles balísticos o bombas aéreas, permiten a Moscú ampliar la línea del frente y tener permanentemente en jaque a todo Ucrania.

A su vez, los sorprendentes progresos de la industria ucraniana, con menos financiación y medios, permiten a Kiev golpear a más de 2.000 kilómetros dentro de territorio enemigo.

Bajo tierra, Roman, pese al pequeño goteo de uniformados rusos que se puede observar desde los drones, sabe que son miles los que siguen tratando de avanzar y tomar Kramatorsk, cada vez más destruida y solitaria. Esta ciudad es la mayor bajo autoridad de Kiev en la región oriental de Donetsk, que Rusia ocupa en un 70%. Putin no renuncia a ella. Por eso, Roman y los demás temen que, como con Bajmut y otras localidades próximas, Kramatorsk acabe cayendo.

Mientras, Natalia sigue trabajando en su campo de patatas. Asegura que su perro ni se inmuta ante los drones ucranios, pero se esconde cuando son rusos. Eso le da tranquilidad y confianza a esta mujer que afirma que tiene el certificado oficial de desplazada interna pero que no ha recibido del Gobierno el dinero que le corresponde tras haber perdido su casa. Abre el móvil y la muestra destruida. “¿Por qué nos merecemos esta guerra?”, concluye.

EE UU levanta las sanciones a Rusia entre críticas internas

Varios senadores republicanos cargan contra la medida, que llega días después del pacto del diésel

LUIS DONCEL
Nueva York

Donald Trump está dando cada vez más señales de que su nueva estrategia para bajar los precios de la energía, a pocas semanas de unas elecciones en las que la inflación se ha convertido en la protagonista absoluta, es retirar toda la presión sobre Vladimir Putin y ejercerla sobre Ucrania y su presidente, Volodímir Zelenski. El mandatario de Estados Unidos firmó el viernes una orden ejecutiva que suspende temporalmente la aplicación del amplio paquete de sanciones contra Moscú que había aprobado el Congreso.

materia de aranceles para sancionar a los países que siguieran comerciando con Moscú.

La congelación de la ley Graham ha indignado a varios legisladores republicanos, que ven cómo su país se descuelga de sus tradicionales aliados en apoyo de la Rusia de Putin. “Es más que irresponsable. ¿Qué parte de aplicar una ley aprobada por el Senado con 86 votos a favor y 11 en contra no entienden el presidente y sus asesores?”, escribió en su cuenta de X el senador republicano Thom Tillis.

El senador de Carolina del Norte considera “inconcebible” que el Gobierno ceda “ante un dictador ruso que invadió ilegalmente Ucrania y masacra a civiles inocentes cada día”. “Si el presidente realmente quiere reducir los precios de la energía, puede hacerlo resolviendo el problema de Irán, no haciéndole un favor a Putin”, añade. Tillis no es el único republicano que ha salido en tromba contra la



Donald Trump, el viernes en Washington. EVAN VUCCI (REUTERS)

La decisión afecta a una ley bautizada con el nombre del fallecido senador republicano Lindsey Graham, de Carolina del Sur, que fue hasta su muerte el pasado 11 de julio un defensor a ultranza de la mano dura frente a Putin. El paquete legislativo buscaba endurecer las sanciones contra la economía rusa en un intento de estrangular las vías de financiación que sostienen la guerra contra Ucrania. “Por la presente, eximo de la aplicación de las sanciones, restricciones y aranceles previstos en la ley Graham”, asegura Trump en la orden ejecutiva, un paso que, “redunda en el interés nacional de Estados Unidos”, afirma sin explicar cuál es ese interés.

Las sanciones tenían como objetivo altos cargos, oligarcas e instituciones financieras rusas. La norma también otorgaba a Trump facultades adicionales en

decisión. John Cornyn, senador republicano por Texas, publicó un mensaje en X que decía que el Congreso debería “investigar la ayuda y el apoyo de Trump a Putin”. También los demócratas han criticado la medida.

La decisión llega a dos semanas y media de las elecciones legislativas, que van a definir la segunda mitad de su mandato. Se suma a los últimos pasos de acercamiento al Kremlin que ha dado el republicano. Trump anunció un acuerdo para liberar cientos de miles de barriles de diésel ruso en un intento a la desesperada de reducir los precios mundiales de la energía.

Los analistas consideran que este acuerdo no supondrá un cambio en los precios del combustible, muy tensionados por la guerra contra Irán, iniciada por Trump y el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu, el pasado febrero.



Katie Zacharia, el martes pasado en la Casa Blanca. JULIA DEMAREE (AP/LAPRESSE)

El despido en tiempo récord de la portavoz de Trump desliza a la Casa Blanca hacia el descontrol

La salida de Zacharia tras cinco días en el cargo llega a solo dos semanas de las elecciones clave de medio mandato

IKER SEISDEDOS
Washington

La segunda presidencia de Donald Trump, se dijo, no iba a ser como la primera. Él llegaba tras una travesía en el desierto, pero con las lecciones aprendidas; rodeado de un ejército de fieles, y no, como en 2017, de un equipo de colaboradores dispuestos a llevarle la contraria de vez en cuando. Tampoco sería, como sí fue aquella, un incesante espectáculo de filtraciones, puñaladas entre bambalinas y despidos impulsivos a golpe de tuit.

Esta semana, la segunda Casa Blanca de Donald Trump se deslizo, a poco más de dos semanas de las *midterms*, las elecciones de mitad de mandato, hacia un caos de otra época con el *show* inesperado de la salida, tras cinco días en el cargo, de la portavoz recién nombrada por el presidente, Katie Zacharia.

Su contrato lo anunció el viernes pasado Trump en su red social. El lunes, ella fichó en su primer día en el trabajo. El martes concedió una brevísima y nerviosa conferencia de prensa de 14 minutos. A todas luces improvisado y pobremente preparado, el estreno bastó para que empezaran

a admitirse en Washington apuestas sobre cuánto iba a durar Zacharia en el ala oeste.

Miércoles y jueves se fueron en una operación de mitigación de daños. Las informaciones de que había mentido en su currículo al hacerse pasar por abogada cuando, si bien tiene el título de Derecho, nunca aprobó el examen exigido en Estados Unidos para ejercer, las acabó confirmando ella misma. Lo hizo en sendas entrevistas en medios conservadores, que la trataron con una dureza que tal vez no esperaba.

Semana turbulenta

Su salida pone fin a una semana turbulenta en el entorno de Trump. Empezó con la dimisión como embajadora en Grecia por presunta corrupción de Kimberly Guilfoyle, exprometida del hijo mayor del presidente. Continuó con el final en el Departamento de Estado de otro aliado, Paolo Zampolli, famoso por haber presentado a Trump a su actual esposa, Melania. Y alcanzó su clímax con la disputa, en la que el jefe se vio obligado a terciar, entre otros dos leales socios: el exenviado para Venezuela Richard Grenell y la abogada, esta sí, Alina Habba.

Habba acusa a Grenell de haberse quedado con casi seis millones de dólares que su marido, un inversor turco llamado Turhan Mildon, dio para el Kennedy Center. De fondo, están los intereses de ambos hombres en las fenomenales oportunidades de negocio abiertas en la Venezuela pos-Maduro.

Esta ha sido también la semana en la que *The Washington Post* ha publicado que se multiplican las maniobras internas para desalojar tras las elecciones a la jefa de Gabinete, Susie Wiles, mano derecha de Trump. Con su aspecto anodino y su discreción, Wiles, cuya hija también está en el centro de un escándalo por sus negocios en Bosnia y Herzegovina, es (o era) la imagen de la estabilidad de esta Casa Blanca; la mujer que ha puesto orden en un cargo por el que desfilaron cuatro funcionarios durante el primer mandato de Trump (por los dos que, por ejemplo, tuvo Joe Biden).

El presidente de Estados Unidos no consultó a Wiles el fichaje de Zacharia. Cuando esta subió el martes pasado al atril para hablar —nerviosa, con la vista puesta en los papeles y sin respuestas a las preguntas que le hacían—, habían pasado 47 días desde la última vez que alguien en su cargo se había presentado ante los periodistas. Fue Karoline Leavitt, la secretaria de prensa más joven de la historia. Salió en agosto, tras 17 meses en el puesto y una brillante hoja de servicios MAGA.

Trump no sintió prisa en sustituirla hasta que finalmente la tuvo. El nombramiento de Zacharia fue una decisión que tomó personalmente, según fuentes de la Casa Blanca citadas por los medios estadounidenses, cuando se hartó de que le presentaran un aspirante decepcionante tras otro. Pero, sobre todo, mientras veía acercarse unas elecciones de mitad de mandato que no pintan ni mucho menos bien para los suyos.



Carteles contra los centros de datos en el jardín de Vicky Hu, en Ashburn (Virginia). HANNA LEKA

El condado de Loudoun, en Virginia, acumula la mayor concentración del mundo, y es el más rico de EE UU

Más de 230 centros de datos en la puerta de casa

MACARENA VIDAL LIY
Sterling

La naturaleza en los alrededores fue uno de los factores que decidió a Greg Pirio, historiador especializado en África, a comprar hace 14 años su casa en el condado estadounidense de Loudoun (Virginia, EE UU). Le encantaba dar largos paseos con su perro por senderos que atravesaban arboledas y escuchar a los pájaros. Hace tres años, un gran centro de datos se instaló a apenas un centenar de metros de su puerta. Desde que empezó a funcionar, un zumbido constante y humos que le provocan a él y a sus vecinos dolores de cabeza, conjuntivitis y problemas respiratorios han sustituido a los trinos de las aves.

“Nadie nos avisó de lo que se nos venía encima”, se lamenta desde su salón. A través de la ventana, tras una fila de árboles y arbustos que forman una precaria barrera, se intuye la gran masa azul del edificio tecnológico.

El condado de Loudoun, de 430.000 habitantes y a las orillas del río Potomac, muy próximo a Washington, acoge la mayor concentración de centros de datos

del mundo. Son un total de 233, construidos o en edificación. Juntos ocupan más de 45 kilómetros cuadrados, el 3% del territorio del condado, y consumirán tanta electricidad como 2,2 millones de hogares. Su aportación fiscal representa el 40% del presupuesto de Loudoun.

La expansión de los centros de datos en la última década también ha contribuido a convertir este condado en el más rico de EE UU: el ingreso medio de sus residentes ronda los 180.000 dólares (unos 160.000 euros). Según las autoridades del condado, el sector ha creado 17.000 puestos de trabajo.

A lo largo de unas amplias carreteras impecablemente asfaltadas, conviven las moles de los centros de datos, inmensos edificios sin ventanas cuyo zumbido se ha convertido en una parte más de la vida diaria de comunidades enteras. O en una pesadilla. Varias asociaciones ciudadanas han comenzado a organizarse, unidas por la idea de que los perjuicios que dejan esas instalaciones superan los beneficios.

Esas instalaciones cobijan los equipos y los datos necesarios para que internet y la inteligencia

artificial funcionen. Empezaron siendo, hace un par de décadas, del tamaño de un hipermercado. Ahora están por todo Estados Unidos, y se planean muchas más en los extrarradios urbanos y zonas rurales; algunas podrían ser más extensas que Manhattan.

Representan, asimismo, una de las grandes peleas en las elecciones estadounidenses de medio mandato, el próximo 3 de noviembre, y se han convertido en fuente de preocupación —y de oposición— en todo el mundo. Sus defensores, con Donald Trump a la cabeza, alegan que son fuente de riqueza y de creación de empleo. Pero los centros de datos, que han ido creciendo como hongos al tiempo que se disparaba la carrera por la inteligencia artificial, también se han convertido en el símbolo más visible de las suspicacias que despierta esa tecnología y los cresos que la desarrollan.

En EE UU ya funcionan 1.333 de estas instalaciones y otras 2.359 están en fase de planificación o construcción, según la firma de análisis de mercado Cleanview.

Según un estudio de la Universidad de Pensilvania, el 61% se opone a ellas en sus vecindarios.

Como en el resto del mundo, en Loudoun preocupan los efectos medioambientales. También el impacto sobre el precio de sus viviendas, para muchos su mayor fuente de capital, y en las facturas de la luz. El 40% de la electricidad consumida en 2024 en ese Estado correspondió a esas instalaciones, según Bloomberg.

Los residentes también lamentan la falta de transparencia de sus dueños, que en muchos casos han obligado a firmar acuerdos de

Es una de las grandes disputas en las elecciones del 3 de noviembre

“Nadie nos avisó de lo que se nos venía encima”, se lamenta un vecino



Greg Pirio, en su casa de Sterling (Virginia), el 9 de octubre. H. L.

confidencialidad a sus contratistas y a los empleados municipales.

La oposición social se ha filtrado a la política. Una veintena de Estados, gobernados por demócratas y republicanos, ha aprobado medidas para pausar o prohibir la construcción de centros de datos. Otros siete las tienen en trámite. Texas, con una de las mayores concentraciones de esos complejos y cuyo gobernador, el republicano Greg Abbott, había prometido convertir en el “epicentro del desarrollo de la inteligencia artificial”, ha frenado en seco esa apuesta, en medio de una oleada de sondeos que apuntan a que los votantes de ese Estado darán un giro hacia los demócratas.

Críticas

“Tenemos que pararlos”, opina el historiador Pirio. El centro de datos junto a su hogar, en la localidad de Sterling, entró en funcionamiento en febrero de 2025. No estaba conectado a la red eléctrica, sino que funcionaba con su propio generador. “Engañaron a la comunidad. Nos enteramos por el ruido que hacía: no nos avisaron ni a nosotros ni a las autoridades locales”, explica Pirio. “Nos dijeron que iban a construir este edificio más pequeño, luego doblaron el tamaño. Nunca le dijeron a nadie que iban a incluir una planta eléctrica”.

La empresa propietaria ha puesto en marcha un plan de 15 millones de dólares para mitigar el ruido, pero los vecinos denuncian que los efectos se siguen notando. “Lo han reducido justo al nivel que ordenan los reglamentos, pero no a un nivel en el que no perjudique la salud”, sostiene Pirio. “Hace ruido las 24 horas del día, siete días por semana. Provoca dolores de cabeza y no deja dormir. Y luego está la contaminación del aire”, denuncia.

El problema se agrava si se produce algún corte del suministro eléctrico en los centros repartidos por la zona y los sistemas activan generadores diésel para seguir funcionando. “Me entero enseguida porque empiezo a sentirlo en los pulmones, en la garganta”, explica Pirio.

Vicky Hu, agente inmobiliaria, seleccionó la casa que compró hace 26 años en Ashburn, también en Loudoun. “Entonces, todo esto eran granjas. Había más animales que personas”, recuerda.

Los ruidos de la construcción de un gran complejo de centros de datos de Amazon a unos cientos de metros no le alarmaron excesivamente al principio. Pero en junio recibió “la llamada telefónica del infierno”: la compañía eléctrica planea una ampliación del tendido eléctrico para dar servicio a esos centros de datos. Esa prolongación pasa por su jardín. “Voy a perder la mitad de mi terreno y el acceso al garaje”, se lamenta Hu. “Y es peligroso. Si acaban plantando el poste, mi casa queda dentro de la zona sobre la que podría caerse si hay un problema. Y estamos hablando de un poste de alta tensión”.



El jefe militar y líder del partido Yashar, Gadi Eisenkot, el jueves cerca de Gaza. A. C. (REUTERS)

Israel afronta unas elecciones decisivas con Netanyahu y la oposición lejos de la mayoría

Los sondeos apuntan a un escenario de máxima incertidumbre y alianzas complicadas

ANTONIO PITA
Jerusalén

El lema, en carteles electorales repartidos por Israel, es conciso y rima en hebreo: “Derecha o Palestina”. Es del Likud, el partido del primer ministro Benjamín Netanyahu, el hombre que más años (19) lleva en el poder en la historia del

país y que pretende aumentar esa cifra en las elecciones del próximo día 27. A poco más de una semana, los sondeos dibujan escenarios igualados y de difíciles alianzas, principalmente porque casi todos los partidos judíos de la oposición se han disparado en el pie al prometer que excluirán de un posible Gobierno a las dos listas árabes, con las que tendrían mayoría clara. Ni los socios de Gobierno (Likud, ultraortodoxos y ultranacionalistas) ni el bloque anti-Netanyahu (en su mayoría formaciones de derechas lideradas por sus exministros decepcionados o traicionados) rozan la mayoría,

así que imperan las cábalas sobre Ejecutivos en minoría, tráfugas o alianzas contranatura.

En este contexto de igualdad y desconfianza, la campaña se ha convertido en una mezcla de todos contra todos, diluyendo la competición entre los bloques pro y anti-Netanyahu. Uno de los principales líderes de la oposición, Avigdor Lieberman (exministro de Defensa y Exteriores y líder del partido Israel Beitenu), acusó incluso este viernes al candidato más potente del bloque opositor, Gadi Eisenkot, de preparar una alianza con Netanyahu tras las elecciones. Es el exjefe del

Estado Mayor, al que casi todos los sondeos dan la victoria.

El partido de Eizenkot (Yashar) se orienta desde esta semana a asegurarse la victoria, incluso a costa de otras formaciones del mismo bloque. “Estamos trabajando para que Yashar sea significativamente más grande que el Likud y para garantizar que el bloque cuente con una mayoría. No veo ninguna contradicción entre ambas cosas”, aseguró este martes en la radio militar. “Estamos realizando un gran esfuerzo para atraer a votantes de la coalición [de Netanyahu]. Esto también servirá para legitimar que me asignen el mandato”.

Formación de Gobierno

La fuerza más votada no recibe automáticamente el encargo de formar Gobierno. El presidente, Isaac Herzog, lo otorga a quien vea con más probabilidades, tras las consultas con los grupos. Pero sí da la iniciativa. Y Herzog prefiere un Ejecutivo estable de unidad nacional. Lo impulsó en 2020 y ahora ha dicho que hará “todo” para impedir una repetición electoral, como las que encadenó el país hace un lustro.

El esfuerzo de Eizenkot por “atraer a votantes de la coalición” ha generado una dinámica descorazonadora para quienes esperan que una derrota de Netanyahu otorgue a los palestinos un horizonte de esperanza. En uno de sus últimos vídeos de campaña, Eizenkot se jacta de no haber defendido jamás la creación de un Estado palestino, recordando que Netanyahu —que se opone firmemente— llegó a mencionarlo hace una década para la galería, presionado por el entonces presidente estadounidense, Barack Obama. El vídeo se lo recuerda antes de convertir el lema “Derecha o Palestina” en “Benjamín [Netanyahu] es Palestina”. También ha prometido que, si es primer ministro, Hamás no seguirá en el poder en Gaza dentro de 18 meses.

Las cosas están, pues, en “empate”, como admitió el propio Netanyahu en su entrevista el miércoles en la televisión pública, en la que mostró dos preocupaciones: la abstención entre quienes le devolvieron al poder en 2022 (antes de que el ataque de Hamás de octubre de 2023 rompiera su imagen de “Mister Seguridad”) y Ofer Winter, un general de derechas con voluntad de verso suelto.

Algunos sondeos dan al partido de Winter, Amjá Israel, más del 3,25% de votos necesarios para obtener representación. La diferencia es clave: por debajo de ese porcentaje, todos esos votos van a la basura. Por encima, se entra a la Knesset con al menos cuatro diputados (de un total de 120).

Según la conocida analista política israelí Mazal Mualem, Netanyahu está yendo “con todo, y antes que en anteriores campañas”, a recuperar a los decepcionados sin intentar rascar votos en caladeros ajenos. Hace cuatro años obtuvo 32 diputados. Ahora, se quedaría entre 20 y 22, se-

gún los sondeos. Sobre todo, por su responsabilidad política en el fiasco de seguridad que permitió la masacre de Hamás (incluidos avisos de socios árabes) y su rechazo a que una comisión independiente lo investigue.

Esta semana se ha emitido todo el voto desde el extranjero. Son la excepción (unos 4.800 diplomáticos y enviados, más sus familias), ya que los otros cientos de miles de ciudadanos que residen fuera no pueden votar por correo, internet o en las legaciones diplomáticas. La alta participación (un 86%, frente al 69% de 2022) apun-tala la sensación general de que hay mucho en juego.

El desplome del Likud no ha cambiado en los dos últimos meses. El estado de ánimo, en cambio, sí. El entusiasmo en la oposición al ver cómo algunas encuestas le daban mayoría sin necesidad de apoyarse en los partidos árabes se ha transformado en pesimismo y, sobre todo, incredulidad al ver cómo Netanyahu está más dentro que nunca de la batalla tras un mes de revelaciones que en otros países habrían hundido a cualquier candidato.

Primero, la del diario *Haaretz* de que Netanyahu recibió, antes del 7 de octubre de 2023, una advertencia explícita del presidente de Emiratos Árabes Unidos, Mohamed bin Zayed, de que Hamás preparaba una gran operación. Luego, se supo que las autorida-

El desplome de Likud no ha cambiado en los últimos meses, pero sí el estado de ánimo

El bloque opositor no ha conseguido traducir los escaños en votos

des israelíes sabían de antemano el nombre del piloto omaní que trató de estrellar un avión contra el aeropuerto de Tel Aviv, según han concluido los investigadores emiratíes. El jefe aquel día del Shin Bet (los servicios secretos internos), Ronen Bar, lo ha demandado por difamación, por acusarle de haber elegido no despertarle el 7 de octubre, y ha mostrado que Netanyahu rechazó una propuesta previa de matar a líderes de Hamás. Y, quizás la más grave: su exsecretario militar, Avi Gil, rompió su silencio para denunciar que el equipo del primer ministro falsificó su registro horario de aquella jornada.

La oposición, sin embargo, no ha conseguido traducir los escándalos en votos. Uno de los principales comentaristas políticos, Ben Caspit, explica en el diario *Maa-riv* el mapa electoral recordando que la sociedad israelí “no se ha desplazado hacia la izquierda, sino que ha migrado en masa hacia la derecha”, donde está la mayoría de la oposición. No es pues una lucha entre derecha e izquierda.

EL PAÍS identifica con IA decenas de puestos militares israelíes que evidencian la ocupación, el asedio a la población palestina y la destrucción sistemática del enclave

Medio centenar de fortificaciones en Gaza: así toma Israel el control de la Franja

LUIS SEVILLANO PIRES
LAURA NAVARRO

Alrededor de las enormes fortificaciones que Israel ha levantado en Gaza no queda nada. Algunas de ellas se remontan a 2023, tras los atentados de Hamás aquel 7 de octubre y la posterior invasión de la Franja. Pero la construcción de nuevos puestos se ha acelerado a partir del alto el fuego del 10 de octubre de 2025: al menos 15 de ellos aparecen por primera vez en imágenes de satélite en diciembre del año pasado. “Estos puestos sirven como bases a través de las cuales Israel mantiene y ejerce control territorial sobre Gaza”, asegura Sarah Sanbar, investigadora de la ONG Human Rights Watch (HRW).

Para encontrar los 50 puestos, EL PAÍS ha creado una herramienta con inteligencia artificial que rastrea el territorio de la Franja sobre imágenes satelitales publicadas por Planet Labs. Y detecta, por la presencia de tiendas de campaña o tanques, si siguen activos o han sido abandonados. En los siguientes ejemplos es evidente la destrucción alrededor de donde se construirán los puestos, cuyas ubicaciones han sido contrastadas con los datos publicados por Forensic Architecture, un centro de investigación y defensa de derechos humanos de la Universidad de Londres.

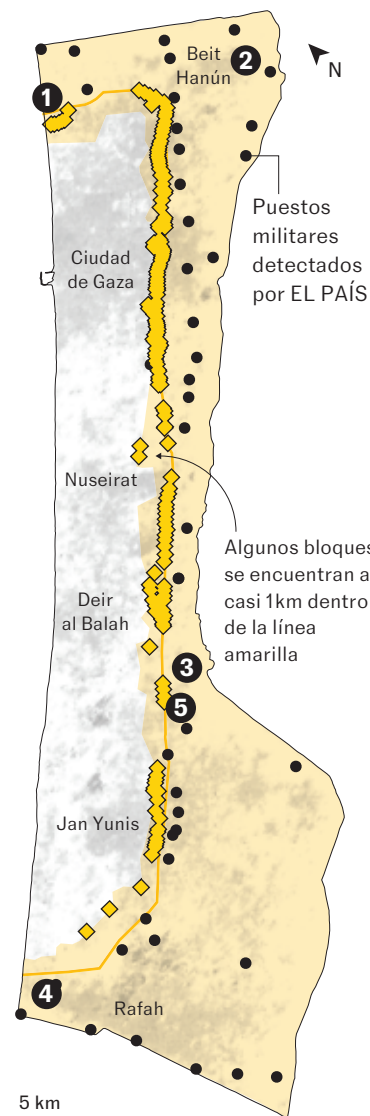
Muchos de los puestos construidos cerca de la frontera con Israel están ahora sin utilizar. Esa zona, al este de la línea amarilla establecida tras el alto el fuego, está ya bajo control israelí. “Las nuevas construcciones están avanzando hacia la línea amarilla”, explica Júlía Nueno, investigadora de Forensic Architecture. Algunas de ellas, como se desprende de las imágenes satelitales, están ya a menos de 150 metros de la línea amarilla. “En principio, esa tenía que haber sido la primera fase para la retirada de las tropas de Israel de Gaza; pero lo que hemos visto es lo contrario: se ha expandido el control”, señala Nueno.

Además de destruir edificios, campos de cultivo e infraestructuras para instalar puestos militares, Israel está retirando las ruinas de lo que destruye. Por un lado, es una estrategia militar, porque sirve para abrir una línea de vista hacia el territorio de Gaza, explica Nueno. Pero, sobre todo, es una manifestación de la intención, declarada públicamente, de hacer de Gaza un sitio inhabitable. “Al limpiar, Israel ha borrado la evidencia física de su destrucción, así como cualquier cuerpo que

Las fortificaciones de Israel en Gaza

Se han detectado 50 puestos militares tras analizar más de 600 imágenes de Planet Labs tomadas entre enero de 2023 y octubre de 2026

— Línea amarilla — Bloques amarillos — Zona controlada por las fuerzas israelíes



La construcción de nuevos puestos se ha acelerado a partir del alto el fuego del 10 de octubre de 2025



Reconstrucción de una fortificación

Modelo basado en imágenes satelitales de un puesto en Beit Hanún construido en diciembre de 2025



Fuente: Forensic Architecture, OpenStreetMap, Planet Labs, GHSL, GovMap vía Soar.

las fortificaciones desde el suelo, pero en septiembre de 2026, el Gobierno israelí publicó por error en su web un mapa satélite de 2025 en muy alta resolución de una gran parte de la zona controlada por las fuerzas armadas israelíes. Cuando se dieron cuenta lo difuminaron, pero algunos usuarios ya habían descargado y guardado rápidamente el mapa. Con una resolución de unos 15 centímetros por píxel, más de tres veces superior a la de las imágenes comerciales de Planet Labs utilizadas en esta investigación, en el mapa aparecen 11 puestos.

Estas bases se sitúan aproximadamente a cada 1,8 kilómetros alrededor de toda la línea amarilla, señala Nueno. Están rodeadas de un muro de tierra de varios metros de altura, en cuyas esquinas hay construidas torres de control, unidas por un camino que las conecta. Tienen armamento, tanques y vehículos militares.

Línea amarilla

Para definir la línea amarilla, Israel ha emplazado una serie de bloques entre edificios, calles y campos de cultivo de Gaza. La mayoría ya ha sido destruido. Son unas piezas de hormigón de alrededor de un metro cuadrado y de color amarillo.

El ejército de Israel ha calificado el área que delimita los bloques como “zona de combate peligrosa”. Para más incertidumbre de los gazatíes, los bloques amarillos son desplazados cada cierto tiempo. “La gente de Gaza cuenta, por ejemplo, que se despierta por la mañana... y al salir de sus casas ven que la línea se ha desplazado repentinamente”, señala Sanbar.

Si los civiles palestinos cruzan la línea amarilla, reciben disparos del ejército israelí. En los primeros seis meses del supuesto alto el fuego de octubre de 2025, la Oficina de Derechos Humanos de la ONU verificó la muerte de 196 palestinos en ataques israelíes cerca de esa línea. “Todavía estamos realizando algunas verificaciones para identificar con exactitud de dónde provienen los disparos”, señala Sanbar. Además de los disparos, los puestos son visibles para las personas que viven al otro lado de la línea amarilla: “Son una fuente de profundo miedo y ansiedad para las personas con las que hablamos”, añade.

Tras el acuerdo de hace un año, las autoridades israelíes compartieron con organizaciones humanitarias el mapa de una “línea naranja” que se adentraba más en zonas pobladas y abarcaba 36 kilómetros cuadrados adicionales, un 10% de Gaza. La actual línea naranja comprende el 64,9% de la Franja. “Netanyahu ha repetido públicamente que su intención es alcanzar el 70%” del territorio bajo su control, recuerda Sanbar.

Hoy, casi toda la población de Gaza ha perdido su casa. Los datos más recientes del centro de satélites de la ONU señalan que el 82% de las estructuras de la Franja están afectadas, y un tercio de ellas está completamente destruida.

podría estar sepultado bajo los escombros”, añade Sarah Sanbar, de Human Rights Watch.

“Hay que tener en cuenta que los líderes israelíes siguen declarando abiertamente su intención

de llevar a cabo una limpieza étnica en Gaza”, recuerda Sanbar. En esencia, el objetivo de Israel es “hacer la vida tan miserable que la gente quiera irse”, resume.

En la Franja, unos 8.000 cuer-

pos de palestinos permanecen enterrados bajo las ruinas, aunque se desconoce la ubicación y la cifra exacta, de acuerdo con los datos de Forensic Architecture.

Hay muy pocas imágenes de

EL PAÍS



Una trabajadora aprovecha un momento de descanso para fumar, en Vila São José, en São Paulo, el 13 de octubre. LEONARDO CARRATO

Millones de electores de las clases populares han abrazado en los últimos años el ideario de emprendimiento, mérito y libertad que pregonan el clan de derechas

Votaron a la izquierda, se desencantaron y ahora apuestan por Bolsonaro

NAIARA GALARRAGA GORTÁZAR
São Paulo

Trece años tenía Márcio Barbosa cuando en el Brasil de los ochenta entró a trabajar en un supermercado con contrato, en aquella época era legal. Ayudaba a colocar la compra en bolsas. También recorría su barriada en Porto Alegre, ofreciéndose al vecindario para todo tipo de trabajillos. “Señora, ¿quiere que le limpie el patio?”, preguntaba. Limpiaba casas, recogía chatarra..., recuerda. Con ese dinerillo, ayudaba en casa y se daba un capricho. Bollos rellenos de dulce de papaya. “Vivía con mi hermana pequeña y mi madre, una mujer con mucho empuje. Y cuando la cosa se ponía muy difícil, mi tío abuelo nos ayudaba para que no faltara nada”, cuenta al teléfono desde Porto Alegre, en el Brasil más rico y menos desigual. Pequeño empresario y contable de 52 años, Barbosa encarna un profundo cambio social y político en las clases populares brasileñas que tiene reflejo en las urnas y ayuda a entender la fuerza de los Bolsonaro.

“Me llaman bolsonarista, pero no lo soy. Yo, Márcio, en lo social, soy un tío de izquierdas. Pero por la cuestión económica, soy de derechas. Soy un negro de derechas”, dice. Fue el primer universitario de su familia, el primero en pros-

perar. Contribuyó con su voto a las dos primeras victorias de Lula (2002 y 2006). Pero luego llegaron los escándalos de corrupción y la decepción. Dio la espalda al Partido de los Trabajadores (PT)... y en 2018 abrazó a Jair Bolsonaro.

La infancia de sus dos hijas es muy distinta de la suya. Barbosa y su esposa, policía, siguieron los pasos de cualquier familia brasileña que prospera. Lo primero, colegio privado. “Porque nuestra escuela pública está, desgraciadamente, muy mal. Les enseñan a opinar cuando apenas saben interpretar un texto, y no les enseñan a ser emprendedores”, lamenta. La inversión familiar en educación supone tal esfuerzo económico que renunciaron a tener un tercer hijo.

Dirige una gestoría laboral con dos empleadas a las que da incentivos por productividad. En sintonía con los Bolsonaro, quiere adelgazar el Estado, pero con límites: “No me entienda mal cuando digo reducir el Estado. Los programas sociales son importantes, lo sé. Pero deben servir para dar un impulso, no para que dependamos siempre de ellos. Hay mucha gente que dice, ‘¿Para qué voy a trabajar en McDonald’s por el salario mínimo si puedo cobrar Bolsa Familia sin salir de casa?’. Considera esas ayudas necesarias en un país tan desigual porque han con-

tribuido a la inclusión social, pero exige más fiscalización y eficacia.

Unos 1.200 kilómetros al norte, en São Paulo, viven Fábio Souza, 45 años, y Robson, 36, primos y peluqueros de profesión. Ellos también encarnan esa conversión derechista entre las clases media y baja. A los tres les disgustan la etiqueta bolsonarista o ultraderechista. Son de derechas, conservadores, sin estridencias. Religiosos, sin fundamentalismo. Uno, católico; los otros, evangélicos.

Casi tres décadas atrás, la familia Souza abrió una peluquería masculina en Vila São José, una barriada en la periferia de São Paulo. Uno de esos lugares a los que nadie llega por casualidad. Tiene parque infantil, algunos restaurantes y un pequeño núcleo comercial, pero en la intimidad de los hogares existen familias acuciadas por el hambre. Existen algunas ahogadas en deudas y otras que presionan a sus hijos adolescentes para que abandonen la escuela, se pongan a trabajar y lleven dinero a casa.

Para los primos Souza, Flávio Bolsonaro encarna el cambio, la posibilidad de que la situación mejore, de que el camino para llegar a fin de mes sea menos tortuoso. “Flávio quiere un cambio, arreglar lo que está mal del otro lado. Lula prometió *picanha* [carne], pero no ha cumplido, solo nos

“

En lo social, soy un tío de izquierdas. Por la cuestión económica, no. Soy un negro de derechas”

Márcio Barbosa

Pequeño empresario y contable

Flávio Bolsonaro logró cinco millones de votos más que su padre en 2022

Nadie que perdió en primera vuelta ha ganado nunca la presidencia

llega para huevos... ¿Flávio va a ser bueno? No sabemos. Pero el pueblo quiere cambio, quiere apostar ¿entiende?”, enfatiza el mayor. Esa es la palabra mágica. Cambio. Fábio quiere un Gobierno de derechas, pero también contempla la hipótesis de que el presidente sea reelegido: “Vamos a esperar, a ver quién gana. Si gana Lula, que cumpla lo que promete. Si gana Flávio, que traiga el cambio. Estamos en un momento para arriesgar. A veces hay que arriesgar algunos movimientos, algunos golpes, para ver si aciertas”, añade.

La Fundación Perseu Abramo, vinculada al Partido de los Trabajadores de Lula, retrató hace una década, en un informe de 67 páginas, el cambio de valores políticos que germinaba en las periferias. Los autores descubrieron que para estos brasileños “el enemigo es el Estado ineficaz e incompetente”. Hallaron “un liberalismo particular de las clases populares, que necesita ser mejor comprendido, más que un neoliberalismo arraigado o un conservadurismo en sentido estricto”. En esos hogares precarios, “la igualdad de oportunidades es el punto de partida y la defensa del mérito, la meta”. Crean que “el mercado es más creíble que el Estado (...) cultivan más el individualismo que la solidaridad (...) reconocen la importancia de un Estado eficaz para transformar los impuestos en servicios de calidad y reducir las desigualdades”.

El partido de Lula, uno de los más potentes de la izquierda latinoamericana, acertó con el diagnóstico, pero no ha dado por ahora con el tratamiento para detener la fuga de las clases populares hacia una derecha que los Bolsonaro lideran.

Bolsonaro padre, militar en la reserva, irrumpió como un huracán en 2018, un desconocido que